

La ecuación personal del analista en el psicoanálisis con pacientes perversos*

Rodolfo Moguillansky

0. INTRODUCCION

Mi intervención en este Panel, * dedicada a explorar cómo interviene *la ecuación personal del analista en el psicoanálisis con pacientes perversos*, tendrá como telón de fondo mis ponencias en los Paneles sobre Perversión en el – frustrado – IPACongress de Toronto del 2001 (Rodolfo Moguillansky, 2001 b) y en el IPACongress de Río de Janeiro del 2005 (Rodolfo Moguillansky, 2005).

En aquellos textos –que siguen una línea conductora en la que vengo escribiendo hace años (Moguillansky, R. et al, 1991; Moguillansky, R., 1999; Moguillansky, R, 2001 b; Moguillansky, R, 2005)–, planteaba que la perversión es una entidad *per se*, con peculiaridades en la construcción de la fantasía –fundadas en la escisión del Yo y la desmentida de la castración–¹ que explican en

* Mesa Redonda llevada a cabo en IPAC Berlin 2007, titulada “Perversión, ¿actuación, recuerdo, repetición?”, y cuyos panelistas fueron Rodolfo Moguillansky, Jaime Szpilka y Estela Welldon.

¹ Elucidar qué decimos los analistas cuando hablamos de *castración* daría para todo un congreso. A los efectos de esta ponencia sólo aclararía que, cuando hablo de castración, no centro esta noción en la presencia o ausencia de pene. Pensarla de ese modo, a mi juicio, es transformar una teoría sexual infantil en una teoría psicoanalítica. La perspectiva abierta por Melanie Klein (Klein, M., 1957) respecto de la *envidia al pecho* en correlación con la *envidia al pene* nos permite definir la *castración como el reconocimiento de una falta ontológica, no una falta de pene*. Con castración entonces aludo al reconocimiento de la incompletud, a la imposibilidad del sujeto de encontrar en sí mismo todo el orden deseante, todos los objetos. La contribución de Lacan (Lacan, Jacques, 1958) en este punto ha sido central al descentrar al pene como el significante de la falta y en cambio proponer la noción de *falo* no remitiendo con él a un objeto parcial sino como ordenador de todo intercambio posible. Lacan (Jacques Lacan, 1958) dice que el falo en la doctrina freudiana no es una fantasía, si hay que entender por ello un efecto imaginario. No es tampoco como tal un objeto (parcial, interno, bueno,

los perversos una tendencia que se materializa en actuaciones perversas.²

En esas ponencias:

– Distinguía, desde premisas fundadas en el psicoanálisis, entre la actuación perversa y el sueño.

– Proponía que los psicoanalistas podemos fundamentar que la actuación perversa y el sueño son el resultado de funcionamientos psíquicos diferenciables metapsicológicamente de los que podemos dar cuenta en nuestra práctica.

– Sugería que, mediante el psicoanálisis, se pueden modificar las determinaciones inconscientes de la “actuación perversa”; que lo desmentido, que lo desestimado en la actuación perversa, al ser soñado, se lo puede significar e inscribir como conflictos desiderativos similares a los que subyacen a una formación del inconsciente neurótica.

– Mostraba evidencia del tránsito en el psicoanálisis de pacientes desde un padecimiento derivado de una estructura perversa a un funcionamiento con una conflictiva próxima a la neurosis. Ilustraba esta transformación –con viñetas extraídas del psicoanálisis de pacientes (Moguillansky, R., 1991; 1999; 2001; 2005) que cumplían al consultar con los requisitos exigibles para diagnosticar una perversión– desde constelaciones transferenciales que podían ser caracterizadas como actuaciones perversas a la elaboración de esos conflictos en la sesión, los que podían ser pensados a través de sueños.

Estas consideraciones acerca de cómo concebir la perversión, hechas desde la especificidad de nuestra práctica, tienen la ventaja de que nos permiten no quedar atados a cambiantes definiciones que la cultura ha ido haciendo sobre qué es lo que se considera perverso.

malo, etc.) en la medida en que ese término tiende a apreciar la realidad interesada en una relación. Menos aún es el órgano, pene o clítoris, ... el falo es un significante. ...

²Planteaba en los textos que cité que era importante exigir dentro de la definición de perversión la presencia de actuaciones perversas sexuales a pesar de lo difícil que es hoy en día delimitar qué es “una manifestación perversa de la sexualidad”, sobre todo después de la revolución que trajo la discusión sobre “género”. Sin embargo proponía, junto a otros autores (W. Gillespie 1951; Lacan, 1956; Piera Aulagnier, 1967, etc.), que si bien hay que centrar la especificidad de la perversión en una estructura mental perversa, hace también a un fenómeno definitorio de la perversión que haya “una manifestación perversa de la sexualidad”.

1. TENEMOS QUE DEFINIR LA CLINICA DE LA PERVERSION EN EL SENO DEL METODO ANALITICO

En esta nueva presentación si bien parto de que el psicoanálisis ha realizado un enorme trabajo teórico para comprender la perversión y descifrarla en sus raíces inconscientes, también es cierto que pese a disponer de ese capital teórico tenemos por delante la tarea de seguir definiendo clínicamente, como lo exigió Amati Mehler (Amati Mehler, J., 1995), el concepto de perversión, sin abandonar el método psicoanalítico.

Para cumplir con ese *dictum* tenemos que aportar, desde la especificidad de nuestro campo, cómo se nos presenta la perversión en el seno del método psicoanalítico, en especial cómo la perversión *aparece* en la realidad intersubjetiva de la relación analítica,³ y también cómo juega en este campo la singular realidad psíquica del analista.

2. EL CAMPO Y LA ECUACION PERSONAL DEL ANALISTA EN EL PSICOANALISIS DE PACIENTES PERVERSOS

Tenemos una larga tradición en explorar las peculiaridades del nicho que se crea entre analista y analizando en el psicoanálisis con pacientes perversos.

Hace años Riesenbergl-Malcolm (Ruth Riesenbergl-Malcolm, 1970) abogaba por el análisis de la experiencia de la perversión en la transferencia, analizar cómo se despliega en la relación con el analista y no centrarlo sólo en la disección del simbolismo del acto perverso.

³ Para definir la realidad intersubjetiva me sumo al modo en que la concibe Juan Pablo Jiménez (J. P. Jiménez, 2004), como aquella región de nuestra realidad personal o psíquica que asumimos es compartida por nuestro prójimo. Este mundo compartido, que se expresa y se estructura en el lenguaje, de alguna manera el más real de todos, es la realidad humana y socializada de nuestra vida familiar, de nuestro trabajo, el mundo de nuestra experiencia cotidiana más inmediata, en interacción constante y dialéctica con nuestras emociones y fantasías, nuestros sueños y pensamientos más inconscientes. De acuerdo con esta definición de realidad intersubjetiva como realidad compartida, lo que en psicoanálisis llamamos realidad psíquica tendría un aspecto idiosincrásico, no comunicable –propriadamente interno–, y otro aspecto comunicable, que también sería “externo”, desde el momento en que es accesible para la realidad psíquica del prójimo.

Es para nosotros un clásico la insistencia de Betty Joseph (Betty Joseph, 1971) acerca de que la perversión sólo podía resolverse mediante el análisis de lo que se produce en la transferencia. Recordemos cómo Betty Joseph describía la erotización del vínculo, la utilización de la palabra o el silencio para proyectar la excitación en el analista, cómo mediante la pasividad se provocaba la impaciencia e intentar lograr que la actúe.

También ha sido importante, en esa demarcación clínica dentro del método, la introducción de la noción de *perversión de transferencia* que debemos a H. Etchegoyen. Etchegoyen (H. Etchegoyen, 1977) definió una forma específica que “pretende unificar los diversos fenómenos clínicos que se observan en el tratamiento de este grupo de pacientes” (p.78) que se caracteriza por la erotización del vínculo, por un tipo peculiar de relación narcisista de objeto que trata de construir permanentemente una *ilusoria unidad sujeto-objeto* y por la utilización de la comunicación para provocar excitación e impaciencia en el analista. Estos rasgos acompañan todo el proceso terapéutico, lo mismo que una actitud polémica y desafiante, por lo general latente, que para Etchegoyen debe ser descubierta y referida a la disociación del Yo, a la confusión sujeto-objeto y a la transformación del deseo en ideología.

En el pensamiento psicoanalítico son ya usuales los conceptos acuñados por Racker, 1948; Heimann, 1950; Bion, 1950, 1974, 1996; Kriss, 1950; Sandler, 1976; Botella, 2003, para comprender lo que le ocurre al analista en el seno del método. Esa tradición nos permite a los analistas utilizar la contratransferencia como un instrumento de observación en la que no solamente observamos e interpretamos lo que percibe en el paciente, sino que incluimos en nuestra comprensión los datos provenientes de la observación respecto de nosotros mismos, de nuestras reacciones emocionales y la posible conexión o no, entre éstas y lo que existe en el mundo interno del paciente.

Destacaría en ese camino que, en el psicoanálisis con pacientes perversos, toma todo su espesor lo que nos decía Merton Gil (Merton Gil, 1994): “La situación terapéutica es una diada, es decir interviene inexorablemente la psicología de dos. El analista está siempre influenciando al paciente y el paciente está siempre influenciando al analista. Esta mutua influencia no puede ser evitada, sólo puede ser interpretada” (pág. 50).

A lo de Gil agregaría lo que hace tiempo Austin nos enseñó: toda formulación verbal, contiene un costado performativo (Austin, 1962),

agregando que esta cualidad preformativa tiene un lugar central en el análisis de pacientes perversos.

Con este *background* que he venido citando, sigo un camino –que encuentra sus primeros jalones en la enseñanza de Pichon Rivière–, señalado por los Baranger, cuando plantearon que había que pensar la situación analítica como un *campo dinámico* en el que interjuegan paciente y analista. Me adhiero entonces a M. y W. Baranger cuando afirman que el analista inevitablemente participa dentro del campo de la situación analítica: “la situación analítica no puede ya entenderse como la observación objetiva de un analizado en regresión por un analista-ojo” (Baranger, W. y M., 1969).

En la especificidad del campo que se da en el psicoanálisis de perversos también hago propio lo que J. P. Jiménez (2004) sostuvo: en el psicoanálisis con pacientes perversos *en la mente del analista aparece inmediata y experiencialmente como una particular dificultad en el establecimiento y mantención del acuerdo intersubjetivo básico que sustenta la relación psicoanalítica.*

Completando este recorrido mencionaría un trabajo previo (Moguillansky, R., 2001a) en el que ocupándome de “la ecuación personal del analista” prevenía acerca de cómo escuchamos *lo dicho por el paciente perverso* en tanto sabemos que estamos moldeados por *significaciones sociales que operan y enmarcan nuestra escucha en un determinado modo de sentir y pensar.*

No podemos dejar de incluir en la práctica analítica con perversos la mente del analista y reconocer su participación en el proceso analítico.

En la escucha analítica con pacientes perversos tenemos que lidiar con dificultades que dependen tanto de problemas contratransferenciales no resueltos por parte del analista, como de lo determinado por las relaciones intersubjetivas que el paciente perverso establece con el analista.

En esa línea, no sólo trataré de indagar la contratransferencia en el sentido, de lo que promueve el paciente en el analista, sino también cómo en el psicoanálisis de la perversión se pone al rojo vivo nuestra imposibilidad de respetar a rajatabla la regla de abstinencia. Mostraré para ello cómo en el psicoanálisis de pacientes perversos nos vemos confrontados de un modo muy particular con nuestros puntos ciegos, prejuicios, pasiones, enigmas, deseos y carencias. Cómo en ese campo como resultado de lo que se produce en nuestra persona, en

nuestra realidad psíquica, se ejercen efectos en el espacio analítico –al analizar perversos– y participamos de ese modo en las interacciones vinculares con los pacientes.

A modo de prólogo, sobre cómo juega la “ecuación personal del analista” en el psicoanálisis con pacientes perversos, haré algunas consideraciones previas sobre la escucha analítica con el paciente perverso.

3. LA ESCUCHA ANALITICA CON EL PACIENTE PERVERSO

Abarcar con el método la actuación perversa no deja de tener sus bemoles.

3. 1. El problema de la inclusión del mundo idiosincrásico en que vive el paciente perverso en el campo de la sesión

Sabemos que la consulta del paciente perverso, generalmente, no está motivada por su actuación; el perverso habitualmente consulta por lo que considera “algún exceso” que causa la actuación en su vida, ¡de eso habla en los comienzos! El paciente perverso en los inicios de un análisis de la actuación, “no suele hablar” (Moguillansky, R., 2005).

Además de que de las actuaciones en los inicios no se habla, en estos análisis nos encontramos con el problema que este paciente, si bien funciona en el mismo mundo que el analista, simultáneamente vive en un universo experiencialmente inaccesible para el analista y para el prójimo, un “espacio extraño”, un mundo idiosincrásico (J. P. Jiménez, 2004). El paciente perverso en los comienzos no nos suele hablar de este mundo idiosincrásico. Estoy diciendo que se suma a que no hable de ellas que las escenas desplegadas en la actuación perversa transcurren en un espacio foráneo al que se da de inicio en la situación analítica.

No es sólo que no se habla de ellas, en tanto transcurren en otro espacio, sino porque además, suele ser una experiencia clínica habitual que los pacientes perversos no tengan memoria de sus actuaciones, en tanto en ellas estén capturados por una sensualidad en la que han perdido la dimensión del tiempo.

Se plantea entonces el problema acerca de cómo lograr que la actuación perversa sea parte del campo de la sesión analítica.

3. 2. La tolerancia del analista a la inclusión dentro de su mundo por parte del paciente en sesión

Que el paciente perverso actúe –su actuación– en sesión con el analista constituye un momento de inflexión en un psicoanálisis, es un indicador de que se ha permeabilizado la división entre sus dos mundos. En otras palabras la entrada de la actuación en la sesión nos lleva a participar de la misma y esta implicación es el primer paso para que el analista entre en relación con ese “mundo foráneo” del paciente. Cuando esto ocurre el analista y el paciente empiezan a tener alguna experiencia compartible sobre “cómo es la vida” en ese “mundo idiosincrásico”.

Esta implicación, puede más tarde dar pie a armar un relato sobre la misma y que entonces el paciente se avenga a hablar acerca de la “actuación”. Esto suele ser un fenómeno relativamente tardío.

Con esta implicación en la actuación me refiero a diferentes configuraciones en las que nos vemos incluidos.

Entre otras, en ocasiones nos vemos asistiendo a relatos que despliegan “imágenes de apariencia fascinante”, que crean en el campo de la sesión un clima de saturación sensorial. Por cierto estos relatos, no suelen dar muestras de la ambigüedad sexual que las impregna ni se asoma que se trata de una actividad mental desmantelada. Por lo contrario, su entrada en la escena de la sesión se suele dar a través de relatos que intentan excitar una “escucha visual” de la escena en el analista. Más aún intentan hacer sentir al analista que está “viendo la escena”.

3. 3. Sugiero que es importante, en un primer momento, que el analista se deje tomar por la fascinación de la actuación

Ante el despliegue de esta configuración en el campo sugiero, que es importante, en un primer momento, que el analista se deje tomar por esta “fascinación” ya que es la vía por la que la actuación comienza a tener existencia en la sesión, a tener figuración en el campo analítico y en la mente del analista.

Tolerar la fascinación del “relato-visual” de estos pacientes para que éstos adquirieran figuración, conlleva el riesgo para el analista de perder la “atención flotante” por la captura de la “escucha visual”. El analista suele sentir que estos pacientes se adueñan de él a través del relato-visual fascinante. Por efecto del “relato-visual”, parecen

suspenderse sus ideas y se siente incluido en una situación que transcurre en un tiempo detenido. El analista, “fascinado en esa escucha visual” llega a sentir que está en peligro de quedar inmovilizado por “lo visible”.

Estoy planteando, sin embargo, la necesidad de, sin perder nuestra abstinencia, de dejarnos incluir en el relato-actuación del paciente. Postulo que en la actuación perversa, por su cadencia repetitiva, se da además del intento de desmentir –si es que podemos incluirnos en el campo– la posibilidad de explorar y de significar la significación desestimada.

3. 4. No siempre la dificultad de incluirnos parte del modo en que el paciente perverso nos deja fuera de su mundo

Por las modalidades que toma la actuación, no siempre la podemos enlazar con nuestras propias ligazones asociativas con las palabras en tanto lo que dice y hace el paciente perverso nos resulta extraño, *extraño (Unheimlich)*, en el sentido que extraño tiene desde Freud (1919) este sentimiento para el psicoanálisis.⁴

He remarcado en diferentes textos (Moguillansky, R., 2003; 2005; 2007) acerca de la necesidad que tenemos para cumplir con la regla de abstinencia que nos reclama el método, poner en suspenso el sentido común –en tanto *función unitaria o unificante*, en tanto origina y a la vez está basada en la creencia de un orden natural o incluso de una ley natural–; la concepción de lo *natural*⁵ constituye un obstáculo para pensar y para analizar. Gastón Bachelard, ya hace tiempo nos informó de la tendencia unificante de la mente cuando teorizó sobre la noción de *obstáculo epistemológico*.

⁴ Una breve digresión sobre lo extraño. Suele resultarnos extraño lo inaprensible que por su naturaleza es el otro, en tanto es otro; además de esta dificultad que nos plantea –el otro– en tanto lo que percibimos en él es diferente a como somos, se suma un nuevo vértice para sentirlo extraño si él encarna lo que una cultura dada no considera como propio de sí misma; esto se acentúa si –este otro– cuenta con atributos que la cultura ha expulsado, ha repudiado de su seno.

Hace a nuestra pertenencia a la cultura, que no sólo rechazamos lo repudiado por la cultura, sino que también renegamos del repudio que hacemos. Esta última frase me lleva a formular la siguiente pregunta: ¿cuánto podemos consentir en nuestro espacio mental la expresión de hechos, actitudes o deseos de otros repudiados por la cultura? o poniéndome más tajante, lo que suponemos –desde nuestra pertenencia cultural– que no concierne al orden humano. Lo que desde nuestras categorías convencionales sentimos como *natural*.

⁵ Un punto de vista similar al mío (R. Moguillansky, 2003; R. Moguillansky, 2005) respecto de lo *natural* sostiene Szpilka (Szpilka, 2007).

* * *

Juan y María, me llamaron por teléfono, transmitiéndome que estaban en una situación desesperada por algo que se habían enterado que ocurría en la vida de José, su hijo mayor. Les sugerí que vinieran a mi consultorio, y entonces, a borbotones, con mucha dificultad, me contaron, con una mezcla de horror y vergüenza, que Julio, su segundo hijo, había encontrado unos videos en los que José se había filmado a sí mismo, teniendo relaciones sexuales con diversos animales, perros, caballos, ovejas, etc.

Juan y María, lucían como dos personas convencionales, venían de familias esclavas. Presumían tener ascendientes que habían sido parte de un grupo social aristocrático en Europa central, incluso, en el caso de él con la nobleza de los países de origen de sus padres. Profesaban con algún fervor alguna variante del cristianismo ortodoxo.

Estos padres estaban muy abatidos, desorientados, no sabían qué hacer. No podían admitir que esto ocurriera en su familia. Alternaban entre creer que esto era una pesadilla, que se iban a despertar y dar cuenta que sólo era un mal sueño, a otros momentos en que trataban de darse alguna explicación acerca de porqué estaba sucediendo esto que les resultaba horroroso, impensable.

(Voy a poner en bastardilla, en este apartado, los sentimientos e ideas que en mí emergían, diferenciándolos de lo que los pacientes me relataban, para facilitar al lector su distinción) *A mí me costó un tiempo salir del estupor, y -tengo que admitir- también la fascinación que me provocaba lo que estos padres me narraban. Sentía que era un obstáculo la curiosidad que me ocasionaba el relato, ya que, en una primera impresión, me colocaba en el lugar de espectador de un zoológico, tratando de escrutar en ellos para ver si encontraba alguna pista que me orientase sobre lo que con tanta desesperación me contaban. No me resultaba fácil salir de esa posición. La curiosidad volvía; me preguntaba ¿cómo sería José, que por sus hábitos, parecía por fuera de lo humano? ¿Qué secreto guardarían estos padres para que esto ocurriera en esta familia, por detrás de esta pátina de buenos burgueses? Me daba cuenta que trataba dentro de mí, de encontrar perchas clínicas o teóricas, para afrontar la consulta que me estaban haciendo. Tenía que aceptar que estaba ante algo sobre lo que no sabía prácticamente nada. No recordaba demasiadas referencias en el psicoanálisis sobre bestialismo, salvo las*

consideraciones taxonómicas de Freud en “Tres ensayos sobre una teoría sexual” y alguna vaga reseña de lo descrito por Ruth Riesenber-Malcom (Ruth Riesenber-Malcom, 1994).⁶

Quizás en un intento –inconsciente– de encontrar referencias surgían en mí sentimientos, ideas e imágenes no muy ordenadas; en algún momento recordé, por ejemplo, escenas de la película, Padre Padrone,⁷ en donde uno de los personajes, un campesino analfabeto, un hombre muy primitivo de la campiña sarda, tenía relaciones sexuales con una oveja. En otro momento me descubrí repasando mi experiencia clínica; pensándolo llegué a la conclusión que sólo había visto, en mis épocas de residente en psicopatología, un paciente que decía haber tenido relaciones sexuales con animales, lo que, como es sabido, nominábamos bestialismo; esta nominación además de un sustantivo que denominaba este tipo de costumbres, también las adjetivaba peyorativamente. El paciente de marras estaba internado en la sala del hospital; recordaba que era un esquizofrénico muy deteriorado. Analizando mis ocurrencias me daba cuenta que en mi cabeza se armaba inconscientemente la idea/prejuicio de que seguramente José era alguien muy primitivo o muy loco. No era éste el único vértice desde donde surgían ideas; también recordaba, tanto desde mi práctica psicoanalítica, como desde la narrativa literaria o cinematográfica (Juegos peligrosos; Belle de jour; El silencio de los inocentes; etc.), cómo perversiones muy severas, coexistían con vidas y apariencias absolutamente convencionales; sobresalía entre las personas que había atendido, un profesional muy destacado que seducía niños, o también un hombre con notable talento para escribir, que violaba y maltrataba sádicamente a sus hijas.

⁶ Ruth Riesenber-Malcom (1994) dice al hablar de su paciente: “She was not forthcoming about her reasons for seeking analysis, but said she had been advised to come by a friend of the family. Her principal complains were the total lack of friends and an intense involvement with the animals. When speaking about her animals, though she gave details about her riding, there was something evasive and secretive in her speech. I remember thinking about a possible perversion, though I inferred it more from her tone and nuances than from facts explicitly narrated. She expressed a strong desire to be ‘like other people’, and she repeated this several times in a way that conveyed considerable despair.”

⁷ Me refiero al film Padre Padrone de los hermanos Taviani, en el que cuentan la historia del escritor Gavino Ledda, un pastor analfabeto, hijo de una familia pobre de Cerdeña, que vive hasta los veinte años aislado de la sociedad y casi mudo, y que llegará a ser profesor de lingüística. Paolo y Vittorio Taviani llevan al lenguaje del cine el relato de este escritor (*Padre, Padrone, l’educazione di un pastore*).

Sabía, porque así lo decía la teoría, que esto era lo esperable en las perversiones: la coexistencia de dos modos de ser, tributario de la coexistencia de dos modos de pensar, con lógicas distintas, no existiendo contradicción entre ellos. Pero por otro lado me contestaba, que estos hábitos sexuales con animales – aunque me resultaran divertidos, al verlos en una narración, como en los comentarios que hace sobre ellos Vargas Llosa, en Los cuadernos de don Rigoberto⁸– cuando los veía en un paciente los suponía como algo distinto, como más fuera de lo humano que las otras perversiones. Llegaba a esta conclusión porque previo a verlo, no esperaba, no imaginaba que en José se diera esta dualidad que había aprendido en los textos y observado en mi práctica psicoanalítica. Me daba cuenta que esto era un prejuicio, al que no podía calificar de otro modo que un obstáculo contratransferencial; era para usar un neologismo, una contratransferencia preformada; me decía que no era un buen punto de partida, que no estaba pensando como un psicoanalista abierto a entender.

Sobre el final de la entrevista Juan y María, los padres, me advirtieron que José no tenía el menor deseo de hacer una consulta individual. Sí pensaban que José estaba conmovido, porque ellos y su segundo hermano –había cuatro hermanos más, menores– se hubiesen enterado de sus hábitos sexuales.

Pensé que prescribir en estas condiciones un psicoanálisis individual no era adecuado. Ante este cuadro de situación, me acordé del breve historial de Freud (S. Freud, 1920) “Psicogénesis de una joven homosexual” y como había discutido (Rodolfo Moguillansky, et al, 2003) la indicación de Freud que él mismo la había caracterizado como un “análisis por encargo”. Recordemos, que Freud había relatado –sin que esto necesariamente condujera a una generalización– que la evolución de este análisis por encargo había conducido

⁸Entiendo que, a gentes como usted, un paisaje aliñado con vacas paciendo entre olorosas yerbas o cabritas olisqueando algarrobos, les alborozca el corazón y hace experimentar el éxtasis del jovenzuelo que por primera vez contempla una mujer desnuda... Yo confieso paladinamente que para mí, los animales tienen un interés comestible, decorativo y acaso deportivo. Aunque respeto, a la distancia, a quienes le asignan funcionalidad erótica, a mí, personalmente, no me seduce la idea de copular con una gallina, una pata, una mona, una yegua o cualquier variante animal con orificios, y albergo la enervante sospecha de que quienes se gratifican con esas gimnasias son, en el tuétano –no lo tome usted como algo personal– ecologistas en estado salvaje... de Mario Vargas Llosa, 1997, *Los cuadernos de don Rigoberto*, Grupo de Santillana Ediciones, España, 2001

a un fracaso. Suponía, en esa línea, que si yo hacía una indicación de un psicoanálisis individual –un análisis por encargo–, era probable que me llevara a igual destino. Había imaginado varias veces qué hubiese ocurrido si Freud hubiese efectuado, cuando lo consultaron los padres de “la joven homosexual”, una indicación familiar. Me decía que la preferencia en la elección de un encuadre por sobre otro basándome en criterios generales y adivinar los ulteriores pasos era sólo una utopía. No tenía posibilidad de predecir cuál era el mejor. No dejaba de repetirme que nuestro instrumento es precario a la hora de formular predicciones, enunciar generalizaciones; es una norma casi universalmente compartida que la aplicación de nuestro método es singular a cada paciente y son misteriosos los avatares de las transferencias. En este campo pleno de incertidumbres, aun con el carácter de un ensayo, tenía que hacer una indicación. Con todas las dudas que antes expuse les propuse hacer una entrevista familiar. Ellos accedieron, pero me advirtieron que Julio no iba a querer venir y que no estaban dispuestos a que sus otros hijos se enteraran. Acepté estas limitaciones y a la próxima consulta vinieron Juan, María y José.

Aunque la consigna que les di era, que quería ver cómo era la familia, y los padres se adecuaron formalmente a ella, diciendo que querían entender como eran ellos, *para mí era evidente que (me) lo traían a José para que yo lo viese y diese mi opinión.* Les dije que eso estaba ocurriendo y entonces se encarriló, lo que era hasta ese momento una entrevista de una familia con *un paciente designado*, en una entrevista familiar. Esta interpretación también estaba dirigida a mí, *en tanto me daba cuenta que escrutaba a José. Me despertaba curiosidad cómo era este muchacho, de quien se contaba tenía predilecciones tan diferentes de las que se supone habituales. Sin embargo su aspecto no tenía nada en especial, al menos que condijera con alguien que parecía tan alejado de la cultura. Tenía cara de “buen muchacho”, un adolescente grande (tenía 21 años), con modales adecuados, prolijamente vestido; incluso más convencional que lo habitual para su edad.* Sus padres y él me contaron que estaba avanzado en una carrera universitaria exigente, era muy buen estudiante y que a la par trabajaba en un laboratorio muy sofisticado, realizando tareas muy especializadas donde ganaba un muy buen sueldo y era muy valorada la tarea que hacía.

En el curso de estas entrevistas –José no aceptaba venir solo a mi consultorio– familiares, el tema de los hábitos sexuales de José

flotaba en el ambiente, pero había una evidente dificultad para abordarlo. Su madre un día lo increpó, que de esto tenían que hablar y José, empezó, con alguna reticencia, a contarles sobre sus sentimientos, sobre lo atractivo que le resultaban los animales. Su padre entonces le pidió más precisiones y José, luego de algunos rodeos, le confesó que había tenido, entre otras, relaciones sexuales con Norma (yo al principio no sabía de qué o quién estaba hablando), aunque sí percibía la actitud estupefacta de sus padres. Su papá en ese momento, con voz desesperada le dijo “¡cómo hiciste eso!” José le contestó tomando como pregunta, lo que en rigor era una exclamación de horror, como si lo que le había dicho su padre fuese una pregunta acerca de *¿cómo*⁹ *lo había hecho?* y no *¿cómo lo había hecho!* y dijo entonces, respondiendo literalmente la presunta pregunta, sobre cómo había sido la mecánica para consumir la relación sexual que había dicho que había tenido con Norma: “me subí arriba de un banquito”. A renglón seguido me aclararon que Norma era una yegua que tenían en una chacra de la familia.

Pensé ante esta viñeta que, si bien es un lugar común que la literalización de una pregunta es un indicador de un pensamiento patognomónico de la psicosis, José no tenía otros trastornos de pensamiento ni tampoco, hasta donde yo me daba cuenta, estaba alucinado.

Si se hubiese tratado de una literalización, tendríamos que concluir que José no había percibido el horror de sus padres, y su respuesta era evidencia de un déficit simbólico en su pensamiento. Sin embargo, quiero remarcar que a la vez me había sorprendido el efecto chistoso que había provocado en mí la respuesta de José.

Me preguntaba entonces: ¿si lo que había dicho José era una literalización?, en tanto había suscitado en mí un sentimiento jocoso,

⁹ Jaime Szpilka (2007), cuando comenta este material en su ponencia dice que “el paciente interpelado por su padre en relación con un contacto sexual con una yegua, ‘¿cómo pudiste hacer eso?’ contesta explicando el instrumento que utilizó para poder realizar el vínculo sexual con el animal confundiendo el cómo legal con el cómo fáctico. Esa misma confusión entre el poder performativo y el poder legal, ese defecto en la desnaturalización subjetiva, es lo que otorga tantas veces al acto perverso un matiz hiperrealista. En efecto, es como si la realidad despojada del ingrediente simbólico que la hace ser siempre en última instancia significativa de sí misma, emergiera como un exceso monstruoso que la convierte en extraña y bizarra, como si resaltara una naturaleza imposible que antes de la simbolización no fue, pero que después ya menos puede ser, y que cobra tantas veces un particular matiz estético, como si de una mostración absurda pero neocreación al fin de hacer posible lo imposible se tratara”.

que tuve que sofocar. Continué preguntándome a renglón seguido, ¿se trataría de una literalización, o de ridiculizar el horror del padre?

También medité sobre mi reacción ante esta viñeta: el efecto chistoso que tuvo sobre mí, que me costó mucho controlarlo en el contexto de la entrevista.

Más tarde José comenzó un análisis conmigo. En el análisis de José esta ideología estaba proyectada en mí: José estaba muy prevenido conmigo, tenía la convicción que yo quería cambiar su atracción sexual por los animales, que había un pacto o acuerdo con sus padres para que yo lo convenciera que deje estos hábitos.

Un indicador importante acerca de mi elaboración acerca de lo extraño que me había resultado José lo encontré en mi contratransferencia.¹⁰

Este cambio me hizo pensar si la convicción de José no tenía algún asidero en prejuicios míos, por el efecto chistoso que describí. Con el tiempo esto cambió, dejaron de producir en mí esta impulsión a reírme y a la vez sentía menos curiosidad por su “extravagante vida sexual respecto de nuestros cánones habituales”, lo que conllevaba un cambio en mi contratransferencia.

Sin embargo se fue aflojando y de a poco me fue contando, que todos estos años habían sido muy duros, porque esto que él sentía no lo podía hablar con nadie, no lo podía compartir con nadie. El no sentía que su gusto por los animales, su deseo de tener relaciones sexuales con animales, fuese algo que él quisiera cambiar, no era un sentimiento distónico; sí percibía que era algo que suscitaba un enorme rechazo social. No sabía con precisión cómo había empezado, o por el momento no quería precisarlo; sí me señalaba que para él era indudable que se sentía atraído por los animales y no dejaba de advertirme que esto era algo muy genuino de él y que no estaba dispuesto a cambiarlo. Este último énfasis, me ponía en la pista de un matiz reivindicatorio. Recordaba cómo P. Aulagnier (P. Aulagnier, 1967) nos dice que “El perverso es aquel que habla razonablemente, genialmente a veces, de la sinrazón del deseo. Justifica su perversión en nombre de un plus-de-placer que pretende autentificar por un plus-de-saber sobre la verdad del goce. Ese saber es el señuelo que lleva su razón a una trampa; es su propia locura, pero también lo que siempre amenaza con enredarnos en la trampa de la fascinación”. Pero también tenía que admitir que la

¹⁰ Estoy usando contratransferencia, en el sentido clásico del término, puntos ciegos del analista.

fascinación, no sólo era el resultado de una trampa tendida por José.

Me resultó útil para pensar mi fascinación con José recordar como Sartre¹¹ admitía que Genet –a quien describe como bastardo, vagabundo, pederasta, ladrón proscrito, dramaturgo, poeta– le producía fascinación. Sartre parece haber quedado fascinado por Genet y el lector al leer su ensayo sobre Genet se contagia de ella; pero Sartre no se queda en la mera fascinación, por el contrario explora este sentimiento y lo usa para entenderlo. Para Sartre, Genet es un genio y su genio no es un legado de Dios o por sus genes, sino una salida inventada por Genet en momentos particulares de desesperación. Yo tenía que admitir que José también lo lograba en mí, y no sólo él era el responsable que eso sucediera.

Cuando alguna vez comenté con algún colega el caso, me llamó la atención, el efecto (jocoso, o de espanto) que producía; nuestra cultura tiene un fuerte rechazo y también se siente fascinada por la sexualidad que se aleja de los patrones definidos como “normales”.

José evitaba relacionarse con humanos; en el refugio que armaba con los animales, suponía que se libraba de las falsedades e hipocresías que tienen los vínculos entre humanos; no mantenía ninguna relación humana con algún grado de intimidad, me decía que en su trabajo se lo suponía hermético y poco sociable.¹²

Con el tiempo José fue teniendo la sensación de que yo no hacía un juicio de valor sobre sus prácticas sexuales.

Este cambio, si lo miraba con honestidad, probablemente se debía también a un cambio en mí. Oírlo sin calificarlo a José, implicó para mí un profundo trabajo conmigo mismo, ya que al comienzo, las

¹¹Jean Paul Sartre, “Saint Genet, comedien et martyr”, primer tomo de *las Oeuvres complètes de Jean Genet*, Gallimard, Paris, 1952,

¹² Stoller (Stoller, R., 1975) respecto de este punto planteó que la esencia de la perversión es la conversión del “trauma infantil en triunfo adulto”. Así, para Stoller, los pacientes son impulsados en sus fantasías por el deseo compulsivo de vengar los traumas infantiles de humillación causados por los padres. El método perverso de venganza es deshumanizar y humillar a la pareja a través de la fantasía o el acto perverso. La actividad perversa también puede entenderse como una huida de las relaciones personales. Los perversos no han completado la separación o individuación de los representantes intrapsíquicos de sus madres. Como consecuencia, en su identidad como personas separadas se sienten constantemente amenazadas de fusión o engullimiento con personas externas o sus representantes intrapsíquicos. La sexualidad perversa sería entonces el terreno en el que afirmarían su independencia, como un desafío a la influencia de una imago materna despótica. Esto explicaría el alivio que sienten los perversos inmediatamente después que han realizado el acto perverso, por el sentimiento de triunfo sobre la madre interna controladora.

prevenciones de José, además del matiz proyectivo tenían algún asidero, yo estaba inundado de prejuicios y sentimientos que iban desde el horror, a lo cómico. Esto último se conectaba con lo grotescas que me parecían algunas de las cosas que me contaba.

Yo con el tiempo me preguntaba a menudo, si realmente le podía escuchar con libertad, si esto era verdaderamente así; llegué a la conclusión que era cierto, y una pista de ello la encontraba en que no sentía la curiosidad sobre cómo era su vida sexual, ni ejercía sobre mí el efecto tragicómico, que había tenido en mí en los comienzos. Recordaba de los primeros tiempos, cuando contestó frente al horror de su padre, que para tener relaciones sexuales con una yegua se había subido a un banquito, como frente a lo grotesco de la situación, tuve que hacer un enorme esfuerzo para contener mi risa. Empecé a sentir, en cambio, una intensa pena por él, alguien que se sentía profundamente solo; pero ésta era una sensación que él no la tenía, él se sentía bien acompañado por los animales.

Algo que me llamaba la atención, era la preocupación que tenía José por convencerme, que él no ejercía violencia sobre los animales al penetrarlos, me decía que él tenía la sensación de consentimiento de parte de ellos. Más aún, él se/me contaba una especie de Edén tierno que se creaba en este mundo en el que él convivía con los animales. Tener relaciones sexuales con ellos era ser parte de ese Edén.

Rosolato (Rosolato, 1966) sostiene que la perversión (fetichista) entraña siempre una ideología gnóstica, concluyendo: la perversión es al gnosticismo como la neurosis obsesiva a la religión ritual. También consideraba que el consentimiento que José sostenía que le otorgaban sus *partenaires* eran argumentos que lindaban con *la mala fe*¹³ y un *discurso mentiroso*.¹⁴ No deja de ser un complejo problema cómo comprender la realidad psíquica del perverso (Denzler, B, 1996).¹⁵

¹³ Madeleine Baranger, en relación a la patología del carácter, nos ha enseñado cómo la mala fe es un epifenómeno de la omnipotencia. La omnipotencia del Yo preservada por la mala fe es, para esta autora, el residuo de un vínculo con un objeto idealizado, repitiéndose el traumático engaño que se tuvo con él. (Baranger, W. & Baranger, M., 1969; Baranger, M., 1993)

¹⁴ Maldonado (Jorge Maldonado. 1993; 1998) nos alerta que la mentira en la perversión es de una naturaleza distinta al "uso universal de la mentira, que ... también tiene lugar en la neurosis". Para este autor en la perversión "el problema reside en la búsqueda de un placer en la distorsión, configurado de modo tal que resulta sintónico con el yo".

¹⁵ Denzler, B. (1996). Panel Report: Psychic Reality And Perversions: Chaired by Henry Smith *Int. J. Psycho-Anal.*, 77:61-66. Panel Report: Psychic Reality And Perversions, Cambridge, MA. The Chairman opened the panel and drew attention to the differences between the panellists,

En un momento en que se creó un clima de mayor confianza y cercanía, me contó que mientras había estado en la granja con animales, había establecido un vínculo muy importante con un muchacho que allí vivía y que había vivido con él un intensa relación amorosa. Con frecuencia se acordaba de él, que lo extrañaba, pero nunca había intentado restablecer comunicación con esta persona. Me llamó la atención, y se lo dije, cómo este “vínculo humano” que él admitía que añoraba, era para José más difícil contármelo que sus paradisíacas preferencias sexuales por los animales.

Al tiempo dejó de ocupar la totalidad de las sesiones sus relaciones con los animales y tomó más espacio la relación con la familia. El había dejado de hablar con su hermano Julio, con quien compartía su dormitorio, luego de que éste descubriera los videos que precipitaron la consulta. José empezó a tener una mirada más comprensiva, sobre la actitud de horror de su hermano al ver las filmaciones sobre su actividad sexual. Si bien no confraternizaba con él, comenzaron a hablar. También me empezó a contar sobre sus relaciones a través de Internet. Estas que habían comenzado para encontrar otras personas que tuvieran sus mismas predilecciones, lo llevaron a intercambiar ideas, cosas que él pensaba con humanos; a la par su relación conmigo se dio cuenta que le importaba. Ahora no sólo cumplía con las formalidades, como llegar en hora, pagar mis honorarios, también comenzó a pensar qué es lo que yo pensaba sobre él, y esto no sólo en los términos en que se planteaba inicialmente, cuando estaba preocupado porque yo era un agente de los padres que quería humanizarlo. Le importaba si yo lo apreciaba, si me acordaba de lo que me decía, si me acordaba de él cuando él no estaba.

Tomé esta nueva forma de relación que establecía conmigo como un indicio del cambio que se estaba dando dentro de la transferencia, era obvio que yo empezaba a tener existencia en la vida de él, se instalaba cierta asimetría en el campo y dejaba de ser una relación

regarding their theories as well as their patients and styles.

The first contributor, Lee Grossman, spoke on 'Psychic reality and reality testing in the analysis of perverse defences'. He distinguished between patients with an intact reality sense, who needed only to be made conscious of a fantasy in order to recognise it as such, and others who avoided testing the reality of their perceptions; his point was therefore that the latter possess a reality sense but refuse to use it, in effect claiming that their psychic reality is just as real as the reality tested. The work of analysis in such cases was consequently less a matter of discovering the patient's psychic reality than of showing him how and why he was actively confusing reality and fantasy.

dual como la que él había querido establecer. Tener confianza era indicador de una asimetría que se instituía en la relación entre analista y paciente y esto lo vivía como muy peligroso.

Para mí se hacía evidente que yo para él ocupaba un lugar similar al que había tenido aquel muchacho con el que había tenido una tan significativa relación amorosa. Suponía entonces que quizás tuviese una intensa relación secreta conmigo, pero no era algo que él me querría comunicar. Si esto era así, sus relaciones con animales eran una vía para tener vínculos (con) humanos. Parte de este vínculo humano –secreto– conmigo, se mantenía extramuros de la sesión y su despliegue dentro de la sesión, iba a tomar necesariamente un matiz homosexual.

Esta intuición –que su relación con los animales, era por un lado un refugio para no entrar en contacto con la hipocresía humana, pero era a la vez su vía de entrada– adquirió más espesor por esa época, cuando comenzó a contarme que había empezado a chatear con Gretta, una chica que había ubicado a través de un sitio de la web, al que recurrían personas interesadas en relaciones sexuales con animales. Me fue contando cómo se iba haciendo importante la relación con ella, si bien en otros momentos la despreciaba y tenía la sensación que el vínculo entre ellos dos era el de un roto con un descosido.

Unos meses después Gretta, luego de una pelea con su familia, en su país de origen, decide venir a nuestra ciudad y frente a esto José se va de su casa paterna para irse a vivir junto con ella. *Los relatos que traía José a sesión sobre su relación con Gretta eran patéticos, parecían efectivamente un roto para un descosido, daba para pensar que los unía –parafraseándolo a Borges– más el espanto que el amor. Yo tenía la impresión que eran dos parias, que no tenían para intercambiar más que su propia sensación de marginalidad, lo que los hacía aferrarse posesivamente y al siguiente momento maltratarse; se sentían virtualmente dos animalitos que alternaban entre una necesidad imperiosa dada por el intenso desamparo y por eso mismo se creaba una violencia inusitada.*

Tiempo después, al escuchar sus relatos sobre su relación con Gretta, me sorprendí evocando la pareja del film de Leos Carax, Los amantes del Pont Neuf; me daba cuenta que si bien esta relación tenía el ropaje de una historia sórdida, dura, en algunos momentos surgía algo del orden de la ternura. En las sesiones de esta época, en donde desde el análisis de mis ocurrencias contratransferenciales yo creía detectar un atisbo de mayor conexión emocional, José alternaba

entre el agradecimiento, en tanto me adjudicaba algún papel en este cambio, y el temor de que yo lo hubiese manipulado. Si bien podía pensar este modo de sentir como temores homosexuales de José, movilizaba en mí aprensiones si yo no estaba ejerciendo alguna presión sobre él: ¿realmente respetaba la regla de abstinencia? En algún momento llegué a preguntarme ¿si en vez de un psicoanalista no era un jesuita en tierra americana evangelizando salvajes? Me respondía ante estas objeciones que no tenía la impresión que yo hiciera proselitismo sobre las ventajas de un mundo con intercambios entre los humanos respecto de su paraíso animal. Pero estas discusiones dentro de mí me pusieron en la pista que en esto se jugaba algo muy importante. Los padres estaban muy contentos con el cambio de José, y esto generaba sentimientos ambivalentes en él.

José hablaba, por esa época en las sesiones, sobre su relación con Gretta, cómo transcurría su cotidianeidad. Sus historias con los animales desaparecieron de su discurso, al menos dentro de mi consultorio, aunque dentro de mí estaba presente que estas preferencias habían sido la puerta de entrada para su relación con Gretta. Recordemos que José la había encontrado en un *sitio de la web* a donde acudían personas que deseaban tener relaciones sexuales con animales y en algún momento él me comentó que esperaba que ella fuese una compañera que no sólo comprendiera estos deseos, sino también alguien con quien compartirlos. Sin embargo esto no sucedió, me hablaba en cambio de lo que él sentía respecto de Gretta, que si bien todo era en un tono desafectivo, en donde primaba una mirada en la que estaba privilegiado el tamaño de sus pechos, o si no era suficientemente ordenada, esto era parte de una relación entre humanos. *Yo me daba cuenta que esto me tranquilizaba, y esta tranquilidad me alarmaba; nuevamente aparecía mi temor de estarlo influenciando para que él abandonara su bestialismo. Más tarde supuse que debía haber en José un sentimiento respecto de sus preferencias respecto de los animales, rasgos en donde sostenía su identidad, y que su pérdida podría implicar para él un colapso en el orden del ser.*

Y que su pérdida podría implicar para él un colapso en el orden del ser. Esto también lo ha enfatizado Kohut (Heinz Kohut, 1971; 1977)¹⁶

¹⁶Desde el punto de vista de Kohut (1971; 1977), la actividad perversa es un intento desesperado por restaurar la integridad y cohesión del sí mismo en la ausencia de respuestas empáticas de

Si esto era así quizás mis rumiaciones estuviesen originadas en un modo de sentir que era parte del susto burgués ante conductas que se alejan del canonizado “sentido común”.

José un tiempo después decidió irse con Gretta al país de origen de ella. Esto formalmente estaba explicado por las mejores condiciones económicas que allí se daban, pero yo tenía la impresión que –además de estos motivos– José quería vivir en un lugar donde no estuviesen sus padres, especialmente su papá. Finalmente se fue y luego volví a verlo en una visita que hizo a nuestro país, se había separado para esa época de Gretta y pensaba volver a aquel país para vivir solo. No se lo veía urgido por tener una pareja humana, aunque tampoco la descartaba.

4. CONSIDERACIONES FINALES

En esta ponencia me he centrado en la subjetividad del analista. He discutido cómo el analista en la situación analítica con pacientes perversos puede quedar atrapado en una relación dual. Sugerí que en esta participación que se nos impone está la posibilidad de acceder al mundo idiosincrásico en que vive el perverso, un mundo habitualmente inaccesible experiencialmente para el prójimo. He advertido sobre los peligros que tiene esta inclusión que se nos propone. En esta inclusión nos vemos expuestos, como también lo ha señalado J. P. Jiménez (2004), a la extrañeza que nos trae participar en una “combinación imposible”, una combinación en la que es difícil comprender, “desde el lugar del otro”, la relación entre el deseo voluptuoso y la rabia, la angustia o el asco. He agregado a esas consideraciones, a través de un análisis la *extrañeza* que se deriva de la propia ecuación personal del analista.

los demás. La fantasía o actividad sexual puede ayudar al paciente a sentirse vivo e intacto frente a una amenaza de abandono o separación. La conducta perversa durante el curso de un psicoanálisis puede así ser una reacción a fallas en la empatía del terapeuta, conduciendo a disrupciones temporales de la matriz indiferenciada establecida entre paciente y terapeuta.

BIBLIOGRAFIA

- AMATI-MEHLER, J. (1995) Perversions: Structure, symptom o mechanism? Presented at the panel on "Perversion and Psychic Reality". 39. IPAC San Francisco (Manuscript).
- AULAGNIER, P. Y OTROS (1967) Seminario de Santa Ana, en "La perversión", Azul editorial, Barcelona, 2000.
- AUSTIN, J. (1962) *How to do things with words*. Oxford University Press, Oxford.
- BARANGER, WILLY Y MADELEINE (1969) *Problemas del campo psicoanalítico*. Kargieman, Buenos Aires.
- BARANGER, M. (1993) The mind of the analyst: From listening to interpretation. *Int. J. Psychoanal.*, 74:15-24.
- BION, W. (1950) *Second thoughts*. Maresfield, London.
- (1974) *Seminarios de psicoanálisis*. Buenos Aires/Barcelona/ México, Paidós.
- (1996) *Cogitaciones*. Promolibro, Valencia.
- BOTELLA, C. Y S. (2003) *La figurabilidad psíquica*. Amorrortu, Buenos Aires, Madrid.
- DENZLER, B. (1996) Panel Report: Psychic Reality And Perversions: Chaired by Henry Smith. *Int. J. Psycho-Anal.*, 77:61-66. Panel Report: Psychic Reality And Perversions, Cambridge, MA.
- ETCHEGOYEN, R. H. (1977) Perversión de transferencia. Aspectos teóricos y técnicos. En L. Grinberg (comp.) *Prácticas psicoanalíticas comparadas en las psicosis*. Paidós, Buenos Aires, 1977, pp.58-83.
- FREUD, S. (1919) Lo ominoso. *Obras Completas*. Amorrortu, Buenos Aires, 1997.
- (1920) Psicogénesis de una joven homosexual", *Obras Completas*. Amorrortu, Buenos Aires 1997
- GIL, M. *Psychoanalysis in transition. A personal view*. The Analytic Press, London (1994).
- GILLESPIE, W. (1951) Notes on the analysis of sexual perversions. 17th IPAC, Amsterdam, 1951.
- HEIMANN, P. (1950) On counter transference. *Int. J. Psycho-Anal.*, vol 31, part 1-2.
- JIMÉNEZ, J. P. (2004) A psychoanalytical phenomenology of perversión. 2004, *IJP*, 85: 65-81.
- JOSEPH, B. (1971) A clinical contribution to the analysis of a perversion. *Int. J. Psycho-Anal.* 52(4): 441-449.
- KLEIN, M. (1957) Envidia y Gratiitud. En: *Obras Completas*. Buenos Aires.

- KOHUT, H. (1971) *The analysis of the self*. New York: International University Press.
- (1977) *The restoration of the self*. New York: International University Press.
- KRISS, E. (1950) On preconscious mental process, *Psychoanal. Q.*, vol XIX.
- LACAN, J. (1956) *Le seminaire, livre IV. La relation d'objet*. París: Seuil, 1974.
- (1958) La significación del falo. 1966, *Escritos*. Siglo XXI, México 1971.
- MALDONADO, J. (1993) On ambiguity, confusion and ego ideal. *Int. J. Psychoanal*, 70, 1993.
- (1998) Ponencia al panel central del IIIer Congreso Argentino de Psicoanálisis, Córdoba, 1998.
- MOGUILLANSKY, R.; COSTANTINO, A. Y SEIGUER G. (1991) Waiting for dreams or manufacturing illusions. En *Psychoanalysis in Latin America*. Fepal, editado por Moisés Lemlig, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis, Lima, 1993. Hay una versión posterior en español, Esperar sueños o fabricar ilusiones. Notas para una caracterización psicoanalítica de la adicción, en *Psicoanálisis en América Latina*. Fepal, editado por Moisés Lemlig, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis, Lima 1995. También en *Escritos Clínicos sobre perversiones y adicciones*, compilado por R. Moguillansky, Lumen, Bs. As. 2002.
- MOGUILLANSKY, R. (1999) El hombre que iba al barrio oscuro, presentado en el IPAC (1997) de Santiago de Chile, publicado en *Escritos Clínicos sobre perversiones y adicciones*, compilado por R. Moguillansky, Lumen, Bs. As. 2002.
- (2001a) Animalada. En 2004, *Nostalgia del absoluto, extrañeza y Perplejidad*. Editorial El Zorzal, Buenos Aires.
- (2001b) Indicadores de evolución en el psicoanálisis de la perversión, IPAC, Toronto 2001, publicado en *Rev. Psicoanálisis*. APdeBA.
- MOGUILLANSKY, R. Y VORCHHEIMER, M. (2003) Revisando el historial de la Joven homosexual... ¿Dos encuadres-Dos historiales? Publicado en *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid* (APM), 39.03.
- MOGUILLANSKY, R. (2005) Panel sobre perversión y trauma (IPAC. Río de Janeiro, 2005) Juan Pablo Jiménez, Franco Massi, Rodolfo Moguillansky (manuscrito)
- (2005) Indicadores de cambio en el psicoanálisis de la perversión, en www.aperturas.org
- RACKER, H. (1948) La neurosis de contratransferencia. En *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Paidós, Buenos Aires.
- RIESENBERG-MALCOM, R. (1970) The mirror: a perverse sexual phantasy in a woman seen as a defence against a psychotic breakdown. In E Spillius

- (ed.) *Melanie Klein Today*, Vol. 2. Routledge, New York, 1988, pp.115-137.
- (1994) Conceptualisation of clinical facts in the analytic process. *Int. J. Psycho-Anal.* 75:1031-1040.
- ROSOLATO, G. (1966) Estudio de las perversiones sexuales a partir del fetichismo. En P. Aulagnier, et al, *El deseo y la perversión*. Sudamericana, 1968.
- SANDLER, J. (1976) Countertransference and Rol-responsiveness. *International Journal of Psycho-Analysis*, vol. 3.
- SARTRE, J. P. Saint Genet, comedián y mártir. Primer tomo de *las Oeuvres completes de Jean Genet*. Gallimard, Paris, 1952.
- STOLLER R. (1975) *Perversion*. New York: Pantheon.
- SZPILKA, J. (2007) La desautorización del inconsciente como órgano ético en la estructuración perversa, Ponencia al Panel sobre perversiones IPAC Berlin.
- VARGAS LLOSA, M. (1997) *Los cuadernos de don Rigoberto*. Grupo de Santillana Ediciones, España, 2001.

Rodolfo Moguillansky
Barrientos 1566, 10º "C"
C1115ABB, Capital Federal
Argentina